

ruin palmera, ni una mata de yerba que destaque sobre el blanco sudario de calcinada tierra que cubre las ruinas de tantas poblaciones, centros risueños de prosperidad y vida en otros tiempos! Y sin embargo, ¡cuán grandiosa es esta soledad; cuán fecunda la melancolía que del alma se apodera á la vista de estos dos océanos, uno de azules ondas, otro de secas arenas, disputándose mutuamente por espacio de miles de años los olvidados desperdicios de las hechuras de los hombres! Allí se descubren cuando el Océano retira sus aguas dos moles informes cubiertas de algas, que la tradición llama *sepulcros de los Geriones*. Son probablemente restos de túmulos célticos que duran aun atestiguando la nada de las humanas grandezas y el misterioso *algo* de las humanas aspiraciones.

EL PROMONTORIO DE JUNO (hoy *Cabo de Trafalgar*). Aquí, según Tolomeo, no hubo población, sino solo un templo dedicado á Juno. Cruzando este promontorio y costeano al noroeste se llegaba á

CYMBILIS (*Conil*). En este lugar, ventajoso también para la pesca de atunes y otros peces, había probablemente almadrava en los tiempos antiguos. Supónese que Cymbilis viene de *Cybian*, que en griego vale tanto como *atun* (1). Llegábase después á la isla

ERYTHEIA (hoy *Santi-Petri*), separada de Gadir, dice Estrabon, por un pequeño estrecho. Era tan feraz y hermosa esta isla, que los Gaditanos la prefirieron á la suya propia, y atraídos por sus naturales halagos fundaron en ella otra ciudad en contraposición de Gadir. Habíanla dado el nombre de Erytheia los Tyrios, progenitores de los Cartagineses: este nombre se hizo extensivo á la isla gaditana, y desde entonces empezaron á llamarse ambas *Erytheias*. *Aphrodisias* las denominaron luego los Griegos por la feracidad de su terreno y por el regalo y placeres que en ellas disfrutaban sus moradores, é *islas de Juno* ó *Junonias* sus mismos habitantes (2).

En esta isla, y no en la de Gadir, sitúan algunos eruditos el famoso templo de Hércules que nosotros, siguiendo al historiador Horozco, hemos colocado en las cercanías del puente de Zuazo (3). Nos habríamos equivocado si pudiera probarse que eran de dicho templo las ruinas que dice Florez se descubrieron en la orilla de la isla de Santi-Petri durante

(1) Véase á Horozco: *Hist. de Cádiz*, lib. VI.

(2) Véase la pág. 63.

(3) Pág. 54.

la baja extraordinaria de la mar en el año 1730, ruinas que luego volvió á cubrir el agua sin que conste hayan sido exploradas nunca; pero la noticia que este anticuario nos transmite es harto vaga para escluir la idea de que aquellos restos hayan podido pertenecer á cualquier otra construccion (1). Por cierto no repugna que los Griegos focenses, que tanto construyeron en estas costas y sus islas, dejasen allí algun templo, como los que habian erigido en honor de la diosa Juno; y así parece indicarlo el nombre de *Junonia* aplicado á esta pequeña isla.

COTINUSA, TARTESO, GADIRA (hoy la isla de Cádiz). El nombre de Cotinusa se le dieron, según Timeo, sus naturales, tomándolo sin duda de los Fenicios: los Griegos el de Tarteso, y el de Gadira los Cartagineses. Los mismos nombres, con otros más, llevó la ciudad de Cádiz, pues sobre ser comunes á ambas los de *Erytheia*, *Aphrodisia* y *Junonia*, que llevaba más propiamente la isla de Santi-Petri, se decoró en los tiempos de Balbo y bajo el Imperio con los dictados de *Dydima* y de *Augusta Julia*. Este último nombre fué el que prevaleció entre los Romanos. Plinio la llama *poblacion de ciudadanos* (2): honor que le fué concedido por Julio César, y que le confirmó luego el pueblo romano. Ya antes habia otorgado Pompeyo á Lucio Cornelio Balbo ese mismo honor de ciudadano romano por los muchos servicios que á Roma habia prestado desde el tiempo de Q. Metelo y C. Memmio hasta las batallas Suncronense y Turiense (3), y el Senado lo habia aprobado en el consulado de Léntulo y Gelio. Fueron los Balbos para Cádiz lo que algunos siglos despues para las repúblicas italianas tantas otras familias en la historia ilustres, que, debiendo al comercio sus riquezas, llegaron á ejercer en ellas una saludable aunque omnimoda autoridad, haciendo refluir su prosperidad sobre el suelo en que se habia mecido su cuna. Aquella hermosa *Gadira*, escala del comercio del Océano, emporio de los mas codiciados productos del Occidente, mercado donde compraban las gentes de Asia, Africa, Italia y Grecia el estaño de las Cassitérides y el ámbar del Báltico, voluble é inconstante con todas las razas, atenta solo á sus

(1) Admira en verdad que el buen criterio del P. Florez haya dormido en esta ocasion hasta el punto de querernos persuadir como que el referido Templo existe debajo del agua todo entero, manteniendo, ni mas ni menos, la forma misma conque nos le representan las antiguas medallas, sus cuatro columnas, su fronton y su escalinata. Véase *Esp. Sagr.*, trat. 31, cap. 2.

(2) *Oppidum civium romanorum, quod appellatur Augusta urbs Julia Gaditana.*

(3) Véase la oracion 36 de Ciceron en favor de L. Cornelio Balbo, á quien se disputaba esta concesion.

ganancias, se había siempre puesto de parte del mas poderoso: infiel á los Fenicios al preponderar los Cartagineses, traidora con estos al verlos vencidos por los Romanos, solo al sólido poderío de Roma guardó lealtad no desmentida, y entonces fueron sus mas esplendorosos dias, porque logró ser la ministra de muchos goces del pueblo rey y de sus señores. Lo que fué Venecia y es hoy París, llegó á ser Cádiz para la estragada juventud romana: allí encontraban las viviendas marmóreas de sus mercaderes convertidos en príncipes, allí las delicias de la gastronomía, del baile, de los espectáculos, disipaciones de todo género en lo mas clásico y selecto del vicio. Y no solo los bulliciosos jóvenes, sino hasta los mismos filósofos adustos acudían á Cádiz á gozar de los atractivos de la naturaleza, porque su sol y sus brisas eran reputados como maravillosamente benéficos en los tiempos antiguos: todos los escritores decantaban sus incomparables ventajas, y mientras los unos se recreaban, como Petronio y Marcial, con las *improbæ Gaditanæ* que ejecutaban las orientales danzas lascivas, los otros, como Apolonio, Solino y Artemidoro, se abstraían en conjeturas acerca de las periódicas pulsaciones del poderoso Atlántico (1).

Con las mercedes y privilegios que de Roma alcanzó la rica abastecedora de salazones y bailarinas, creció tanto su vecindario, que dice Strabon llegó á tener quinientos équitos romanos (2), número que fuera de la gran corte del Tiber ninguna otra ciudad mas que Pádua podia ostentar. Habiendo los Romanos repartido el gobierno de la Bética en cuatro conventos jurídicos, cúpole á Gades ser uno de ellos, y su jurisdiccion se extendió á la Mauritania Tingitana por concesion del emperador Oton, sucesor de Galba. Tenia los mismos ministros y oficios de justicia que Roma, y es de presumir que ninguna ciudad de España se le acercase tanto como esta en el esplendor de los edificios, pues vió erigir palacios, fortalezas, altas torres, ricos y espaciosos templos, comicios, erarios, trofeos, plazas, arcos, capiteles, pórticos, pirámides, estatuas, columnas, agujas y obeliscos, acueductos, teatros, anfiteatros, y cuantas construcciones pueden hacer famosa una ciudad. Deben mencionarse como de las mas notables entre estas, el arrecife que desde la

(1) Apolonio creía que las aguas eran periódicamente absorbidas por vientos submarinos; Solino suponía que hacían lo mismo con ellos los grandes animales que el mar alberga en su fondo; Artemidoro entendía que el disco del sol aumentaba cien veces de volumen al hundirse en el gran depósito de las aguas.

(2) Entraban en estos solo los principales y nobles.

ciudad iba hasta Roma, pasando por Sevilla, Mérida, Ciudad-Rodrigo, Salamanca, Leon, Francia é Italia, con ramales que le unian á otras poblaciones no menos importantes; el gran acueducto del Tempul, que desde las sierras de Ronda, distante mas de trece leguas de camino peñascoso y áspero, de altos cerros y valles profundos, ya formando cañones sobre pilares fortísimos, ya taladrando peñascos y colinas, ya corriendo por lo llano sobre un lecho de dura argamasa en cáuces de piedra para que no adulterasen el cristalino raudal las corrompidas humedades de la marisma y lagunas intermedias, venia hasta la isla, y antes de entrar en ella era recibido por un macizo puente gallardamente tendido sobre el brazo de mar que hoy llamamos de Santi-Petri. Era este puente el que hoy en parte aun dura con el nombre de *Puente de Zuazo*: supónese su primera edificación obra de los Fenicios ó de los Cartagineses: su fábrica era de muy grandes losas, trabadas unas con otras sin mezcla alguna de cal ó mortero; su longitud de trescientas varas, su anchura de diez; corria el agua por tres ojos solamente, dos de ellos tan anchos que pasaban por ellos las naves de mayor porte (1). Otra grande

(1) Durante la invasion sarracena quedó este gran puente casi del todo arruinado; los reedificadores de Cádiz lo repararon luego con armazones de madera; pero en tiempo de Carlos V, habiéndose desbaratado el maderamen con los fuertes temporales, se emprendió la reconstrucción sobre los antiguos cimientos, y sufrió largas paralizaciones.

El acueducto del Tempul llegaba hasta tocar en el arrabal de Gades, vaciándose en siete grandes albercas, de donde se repartía el agua por toda la ciudad. Horozco atestigua haber visto algunas de estas albercas, que permanecían en su tiempo tan enteras como si hubieran pasado por ellas muy pocos años. No sabemos si hoy existen. Hallábase junto al lienzo de la muralla y donde estaba la puerta llamada *del muro*, hoy *Puerta de tierra*. Tenia cada alberca 200 piés de largo y 70 de ancho. Ocampo y otros autores afirman que se edificó este soberbio acueducto á costa de Cornelio Balbo, á propósito de lo cual opina el ya citado Horozco que no lo pagaria precisamente de sus fondos particulares, sino que mandaría él hacer la fábrica durante su consulado, ó alcazaría del Senado, ó de los emperadores en cuyo tiempo fué consul, que la mandasen hacer, y él daría al efecto la industria y la traza, y aun ayudaría quizás en parte con su propia hacienda. Otro curioso anticuario contemporáneo de este historiador, el P. Azario Mariano, comisionado por Felipe II como persona de mucho ingenio y saber para tantear el modo de conducir los raudales del Tempul á la ciudad de Jerez de la Frontera, registró con particular cuidado aquella antigua toma de aguas en la misma sierra donde tenia lugar, y asegura haber visto allí considerables ruinas con muchas pilas y albercas de notable construcción.

Finalmente, Horozco asegura que cerca de las albercas en que vertía el acueducto del Tempul se descubrieron en su tiempo todos los cimientos y paredes de un teatro enteramente circular, de 120 piés de diámetro y 360 de circuito, con muros de fortísima mampostería de tres varas de espesor. Añade que la gente decía que sus mayores habian conocido este edificio casi entero, con muchas gradas, algunas columnas, y una torre allí cerca, y que todo inconsideradamente se habia desbaratado para aprovechar sus piedras en otras construcciones modernas. No sabemos si sería este el teatro que supone Florez edificado por Balbo, y que en tiempo de Dion mantenía este nombre: teatro ilustrado con la presencia de Augusto en el año 744 de Roma, y dedicado con públicos

obra de los Romanos en Gades fué el anfiteatro y naumaquia, cuyas ruinas aun subsistian en el siglo XVI manifestando la forma y tamaño de su planta desde la ermita de Sta. Catalina hasta la isleta de S. Sebastian. Divisábanse entonces sobre la Caleta los cimientos en pié, al paso que al otro lado de la mar, hácia el mediodia, todo aparecia gastado y deshecho hasta la mesa del anfiteatro. Segun las noticias que en aquella época se consignaron, esta gran construccion era oval, de 450 varas de longitud y 150 de anchura: escedia en grandeza y en importancia á los anfiteatros de Sagunto, de Itálica, de Toledo, de Mérida, de Cartagena y de otros puntos, y aventajábase además á todos estos respecto de la comodidad para los juegos á que estaba destinado, pues servia á un mismo tiempo para las lides en la arena y los combates en el agua; espectáculos que en las ocasiones solemnes se entremezclaban y alternaban, como se verificaba en Roma con asombro del pueblo y recreo de los emperadores.

Al hablar del anfiteatro de Itálica indicamos sumaria y ligeramente la disposicion general de estas construcciones. Con la misma brevedad la completaremos ahora esplicando el modo y forma de los espectáculos que en ellas se celebraban. Por lo que fué el Coliseo de Roma, edificado por Vespasiano y Tito con el propio objeto sobre las ruinas del famoso anfiteatro de Neron, puede colegirse que si el de Cádiz tuvo realmente la magnitud que se supone, no dejaria de estar decorado interior y esteriormente con arquerías, pórticos, columnas, epistilios, zóforos, coronas, pinturas, estátuas y cuanta donosura ostentó el arte en aquel admirable modelo y en las imitaciones que sugirió la identidad de gustos y costumbres en Verona, Cápua, Puteolo, Alba, Istria, Arlés y Nimes. El poeta Calpurnio resumió en una breve y linda égloga la descripcion de las grandes fiestas que en tiempo de los emperadores Carino y Numeriano se dieron en el anfiteatro de Roma: en ella se hace mencion de todo lo que aquí nos conviene indicar.—Un inmenso gentío, de todas edades y condiciones, va ocupando las espaciosas graderías que en suave inclinacion, y rodeando la cavea ó arena ovalada, descienden desde la última y mas elevada galería hasta el aristocrático podio reservado á los magistrados y magnates. Sale la apiñada gente como á raudales por las arcadas de los vomitorios: unos suben y otros bajan, derramándose

y magníficos espectáculos á la poderosa metrópoli á quien tanto encumbramiento debia aquel desprendido varon.

por los cuñeos en busca de sus respectivas graderías, pero con orden admirable y por las escalerillas construidas al intento, sin molestar los que llegan á los que ya están sentados. Luce sus vistosas togas en el distinguido lugar que ocupa, mas próximo á la arena, el órden de los duunviro y decuriones: siguen á estos los ediles, censores y curadores, todos en sus cómodas sillas, ventajosamente situados para gozar del espectáculo, y resguardados de las acometidas de las fieras por la elevacion del podio, el dorado cancel que le circuye, las puntas de que está armado, y los burladores rodillos de marfil (1) ó de bronce de que está formada su barandilla. La gente de distincion se acomoda en las graderías principales, mas cercanas á los magistrados: llena el pueblo la parte superior del anfiteatro. Solo á los personajes es permitido llevar cojines y á los señores de distincion cátedras ó sillones, lo mismo que umbráculas y sombreros para que el sol no les ofenda. Los équites los llevan por tolerancia, mas no porque les corresponda, lo cual está en el arbitrio del tribuno, á cuyo cargo corre tambien el que ninguno ocupe un puesto ageno. En ciertas ocasiones, y cuando el viento no lo impide, se cubre todo el anfiteatro con lonas ó velas de distintas estofas y colores, cuyo manejo está encomendado á gente esperta sacada de la milicia de las flotas. Sujétanse estas velas por medio de cuerdas y anillos á las entenas y vigas empotradas en el cornisamento del edificio, y para aliviar su peso se sustentan en fuertes mástiles fijos en la meta, la cual se levanta sobre uno de los centros de la arena como el palo mayor de una gran nave. Al rededor de esta meta corren las bigas y cuadrigas con tanta destreza, que, á pesar de su gran celeridad, no tropiezan en las vueltas

(1) Sternitur adjunctis ebur admirabile truncis,
et coit in rotulam, tereti quâ lubricus axis
impositos subita vertigine falleret unguis,
excuteretque feras,

dice el mencionado bucólico, esplicando el oficio de estos rodillos: pasage gallardamente interpretado por el célebre marqués Scipion Maffei, y con mucha claridad aunque sin gran belleza traducido por el Sr. D. Juan Gualberto Gonzalez en estos versos:

el mármol de la valla
do la arena termina, resplandece
con el terso marfil, del cual son hechas
ruedas mil, entre pernos con tal arte
dispuestas, que de súbito girando
espectáculo ofrecen divertido:
puesto que no pudiendo allí sus corvas
uñas las fieras aferrar, resbalan
y caen si asaltar el muro intentan.

en objeto alguno ni chocan entre sí. Ya son divertidos juegos, ya inhumanos y sangrientos combates, lo que ese anhelante gentío espera; pero la velocidad en la carrera, la fuerza y destreza en el pugilato, los lances de la batida, la lucha de los animales unos con otros, los ingeniosos artificios de las pégmatas (1), son un espectáculo inocente que no hace apresurar los latidos de su corazón y que le cansa en breve; necesita otras escenas que le conmuevan: los tremendos golpes de cesto que se descargan los atletas, las mortales estocadas de los gladiadores; ver cómo vacila y cae un cuerpo humano antes lleno de vida y hermosura y cómo el hielo de la muerte le nubla los ojos y hace estremecer sus cárdenos músculos, oír el bronco estertor del esclavo, del prisionero enemigo ó del cristiano devorado por la fiera; presenciar la tremenda prueba á que le plugo sujetar la constancia de los pobres mártires, y observar con protervo y feroz interés el espanto del tierno párvulo ó de la ruborosa doncella al verse en medio de la sangrienta arena, sola, sin auxilio alguno, y teniendo en frente abierta la oscura jaula del león ó del leopardo entre cuyas garras va á perecer (2). Estas sí que son peripecias dignas de la atención del Romano; ó si se quieren representaciones incruentas y espectáculos grandiosos, conviértase de repente en enmarañada selva la descampada cavea, abriéndose por medio de ingeniosas combinaciones subterráneas y brotando como por encanto centenares de árboles corpulentos y poblados, retiemble la improvisada floresta con los ecos de las trompas, los gritos de los cazadores y los rugidos de las fieras, salgan estas de sus antros y cúbrase la escena de toda clase de alimañas en que la singularidad de las especies escite la curiosidad del espectador indiferente; truéquese de súbito en laguna la seca arena ó el silves-

(1) Había ciertas máquinas de madera, llamadas *pégmatas*, que adornadas de pinturas se movían por sí mismas, crecían, disminuían y mudaban de forma mostrando en cada variación caprichos que arrancaban aplausos y risas, y despedían á los gladiadores, saliendo juntamente con ellos llamas y artificios de fuego. Josefo en el lib. VII *De bell. jud.* dice que con estas pégmatas se representaban también batallas, espugnaciones y combates de fuertes ciudades, y otros hechos memorables acaecidos en la guerra.

(2) Estaban las fieras encerradas en subterráneos debajo del podio, en jaulas defendidas con fuertes rejas. En tiempo de Horozco se divisaban todavía en la parte baja de los cimientos del anfiteatro de Cádiz ciertas cavidades ó pequeños aposentos que sin duda habían tenido aquella destinación.

Otras veces se guardaban las bestias en cuevas artificiales hechas de tierra y de ramaje para imitar mejor las naturales. En las fiestas que dieron Caro, Carino y Numeriano, salían las fieras como de sus propias madrigueras, hechas bajo tierra. Justo Lipsio explica con bastante claridad el artificio de que usaban los Romanos para hacer que se abriese el suelo y saliesen de él las bestias feroces.

tre bosque, y sucedan á las lides terrestres de los hombres entre si y con los voraces animales, fieras acometidas de mónstruos marinos, ó poblándose el agua de voladoras galeras, trábense combates navales y sangrientos abordages, ó danzas marítimas nuevas y apacibles de nereidas y tritones; que pueda en suma cada cual ir repitiendo aquellos versos del bucólico latino:

Vidi genus omne ferarum,
hic niveos lepores, et non sine cornibus apros,
manticoram, silvis etiam quibus editur, alcem,
vidimus et tauros, quibus aut cervice levatâ
deformis scapulis torus eminent, aut quibus hirtæ
jactantur per colla jubæ.

Non solum nobis silvestria cernere monstra
contigit: æquoreos ego cum certantibus ursis
spectavi vitulos, et equorum nomine dignum
sed deforme pecus, quod in illo nascitur amni
qui sata riparum venientibus irrigat undis.
Ah! trepidi quoties nos descendentis arenæ
vidimus in partes, ruptâque voragine terræ
emersisse feræ, et eisdem sæpe latebris
aureâ cum croceo creverunt arbuta libro (1).

Recuerden todos con placer que en el paso de un espectáculo á otro, cuando el calor y la fatiga empezaban á ser molestos, bajó de improviso como invisible y refrigerante nube, una sutilísima lluvia, fresca y fragante, de aguas de olor, ingeniosa y ocultamente conducidas en infinito número de tubos por lo macizo de la fábrica hasta las cornisas, y repartidas á los irrigadores de agujeros imperceptibles dispuestos en las gale-

(1) El Excmo. Sr. D. Juan Gualberto Gonzalez, elegante traductor y comentador de las Eglogas de Calpurnio. (Véase el tomo II de sus recomendables OBRAS EN VERSO Y PROSA. Madrid, 1844) ha ilustrado con eruditas y oportunas notas la descripción que en la égloga séptima hace Coridon á Licotas de las magníficas fiestas que en tiempo de Carino se dieron en el anfiteatro de Vespasiano, conocido vulgarmente con el nombre de *Coloseo* ó *Coliseo*. Justo Lipsio, Onufrio Panvinio, Bulengero, el marqués Maffei, le han suministrado curiosas noticias; de las cuales resulta que los emperadores trataron de aventajarse unos á otros en la magnificencia de los espectáculos; que Neron dió el de una gran cacería, despues de la cual se cubrió el circo de agua, bastante para sostener una escuadrilla de buques de á cuatro bandas de remos, que se dieron un combate; que despues quedó el circo en seco y combatieron gladiadores, acabado lo cual, volvió a inundarse, y continuó así durante el magnífico banquete que dió el emperador á todos los espectadores; que finalmente hubo naumáquias en tiempo de Augusto, de Caligula, de Domiciano y otros emperadores, espectáculos amenizados con la lluvia de aguas olorosas que por conductos secretos rociaban el circo durante la función.

rías, arcadas y columnas, y en las estatuas mismas (1). Callen empero los mancebos libertinos otras sorpresas que ellos se proporcionaron en los vergonzantes y subterráneos *fornices* del gran anfiteatro.

Se concibe que una sociedad pagana y amante de los placeres hallase delicias indecibles en los grandes, variados é imprevistos espectáculos del circo: hasta se concibe que un pueblo criado para dominar el mundo en el desprecio de la vida del individuo, encuentre goces inefables en los terribles momentos de la muerte de un gladiador, clásica y artísticamente bella. Lo que no comprendemos es que un pueblo que se diga nutrido en el espíritu del Evangelio, y que no tenga del dominador mas que ciertos arranques de voluntariedad é indisciplina, se estasié, entusiasme y enloquezca, ante el sucio y monótono cuadro de una corrida de toros.

Como edificado junto al mar, tenia el anfiteatro de Cádiz la ventaja de ofrecer cómoda vista cuando se celebraban grandes fiestas navales en la Caleta, pues presentaba tambien varios órdenes de asientos hácia aquella parte.

Aunque tan hecha la fenicia Gades á los usos y costumbres de los Romanos, nunca perdió del todo su carácter oriental primitivo, haciendo de él ostentoso alarde en tiempo del mismo César, que la declaró municipio, y bajo los emperadores que enseñorearon la España; como lo prueban sus medallas selladas con los tipos y caracteres de los antiguos cuños greco-fenicios. Perseveró siempre en Gades la religion y culto de esta misma procedencia, de que hicimos ya mencion (2) describiendo el templo de Hércules Libio, puesto que escritores del siglo III como Filóstrato y Eliano nos refieren que veneraban los Gaditanos de su tiempo á la *senectud* y á la *muerte*, y que en aquel afamado templo tenían aras separadas el héroe egipcio y el tebano, ambas de bronce, aunque ninguna con estatua, añadiendo Silio que los trabajos de Hércules estaban allí representados en figuras de relieve.

Frontero á Gades, en lo mas retirado de la curva costa que ciñe al

(1) No solamente destilaban y salian las aguas olorosas por los caños y acueductos que habia junto á las escaleras, sino que tambien las esparcian muchas estatuas y ornatos que para este efecto habia fabricados, de manera que estos suaves licores salian, como cuando suda una persona, por ciertos cañitos y venas de bronce con ayuda de la gente que estaba debajo, segun lo declaran Marcial, Lucano, Eparciano y otros autores. En los banquetes públicos y privados era tambien costumbre rociar y esparcir aguas olorosas de croco, bálsamo y otras suavidades.

(2) Véanse pág.^s 48 y siguientes.

nordeste su espaciosa bahía, bañándose en las aguas de esta y del Chryso, alzabase como uno de los mas codiciados ingresos á las risueñas poblaciones de tierra adentro, el *Min Asta* (puerto de Asta), ó

PUERTO MENESTHEO (hoy *Puerto de Sta. Maria*), cuyo nombre púnico estropearon los Griegos, guiados mas que de su significación de su sonido, dando margen á que se le creyese fundado por un heleno que probablemente ni existió (1). Saliendo de este puerto y siguiendo la costa de la bahía al sur, se llegaba á la boca de otra bahía interior donde fondearon Magon con su escuadra y Julio César con sus veloces galeras.

Si los estuarios del Chryso (*Guadalete*) tenían sus vigías y sus defensas, ¿cómo no habia de tenerlas el sacro Bétis? Éralo de este, al mismo tiempo que benéfico faro para los que saliendo de la bahía gaditana buscaban la entrada del Guadalquivir, la que llamaron los Fenicios *roca del sol* (*Cap Eon*); nombre que corrompido por los Griegos y los Romanos (2), siempre intolerantes y desdenosos con las lenguas estrañas, se convirtió en

TORRE DE CAPION (hoy *Chipiona*). Esta torre se hallaba segun testimonio de Estrabon fundada sobre un peñasco batido por el agua, y era su fábrica admirable. Algun antiguo geógrafo la llama sepulcro de Cæpion (3), y la sitúa *mas sobre un peñasco que sobre una isla*. No es esta propiamente hablando la situación que hoy presenta Chipiona, que ocupa por el contrario en la playa del mar un llano y agradable asiento; pero en sus contornos ofrece la costa puntos elevados donde pudo ventajosamente haberse construido aquel faro. Supónese tambien que donde descuella hoy Chipiona asentó en los remotos tiempos la ciudad de *Eubora*, que Mela llamó simplemente castillo, y que los cosmógrafos modernos denominan *Ebora de los Tartesios* para que no se confundan con otras Eboras que habia en la península.

Á un cuarto de legua de Chipiona y siguiendo la costa al sur, la vista fatigada de registrar colinas de arena, pitas y melonares, descansa en un hermoso grupo de palmeras que recuerdan en aquella especie de desierto las descripciones de los oasis del Africa. Acompañan

(1) El nombre de *Menestheo* parece por otra parte un compuesto de *Menes* y *this* ó *Menes* y *teut*, y en tal caso queda campo abierto acerca del origen de dicha poblacion á otras suposiciones, nada repugnantes en verdad, puesto que ni los Egipcios ni los Pelasgos pueden ser escludidos entre los principales pobladores de nuestras costas, segun dejamos ya establecido. Pág.^s 37 y 38, notas.

(2) Του Καπιωνος πύργος: *Cæpionis turris*.

(3) Mela, lib. III, cap. 4.